

Barómetros con historia

José Miguel Viñas Rubio

Físico de la Atmósfera y comunicador científico.
Responsable de la página web: www.divulgameteo.es

A finales del siglo XIX, la observación meteorológica con instrumentos comenzó a extenderse por todo el mundo y a suscitar el interés general de la población. Fruto de ese interés, surgieron iniciativas –tanto públicas como privadas– para instalar fuera de los observatorios, habitualmente en parques, jardines y también en las fachadas de algunos edificios, barómetros, termómetros, higrómetros, etc. integrados, en algunos casos, en bonitos templetos o en columnas y torres meteorológicas de bella factura.

Hoy en día, los termómetros callejeros han robado el protagonismo a los barómetros que, antaño, eran los instrumentos meteorológicos de moda, al ser los que mejor simbolizaban el conocimiento del tiempo. La capacidad de predecirlo en función de lo que marcara la aguja (en el caso de los barómetros aneroides) o de lo rápido o lento que bajase o subiese el nivel de mercurio del barómetro clásico de Torricelli, tenía –y sigue teniendo en la actualidad– un poder atrayente en muchos ciudadanos, resultando especialmente útil para la gente de la mar.

Diseminados a lo largo de la costa norte de la Península Ibérica, sobreviven varios de esos barómetros, acompañados, en algunos emplazamientos, de otros instrumentos meteorológicos y astronómicos. En el presente artículo iremos desgranando alguna de sus curiosas historias. Comenzaremos nuestro recorrido en la coruñesa Costa da Morte, un lugar donde a menudo las condiciones meteorológicas son adversas.

El barómetro del *HMS The Serpent*

La noche del 10 de noviembre de 1890, un duro temporal marítimo se abatía sobre la Costa da Morte. La mar embravecida y los fuertes vientos zarandearon con violencia al buque-escuela de la Marina Real inglesa *HMS The Serpent*, que navegaba por aquellas agitadas aguas, camino de Sierra Leona. En un desafortunado golpe de mar, el barco fue empujado con violencia contra las rocas de la Punta Boi, donde encalló y fue rápidamente engullido por las enormes olas que rompían en aquel lugar. Tan sólo 3 de los 175 tripulantes del buque-escuela lograron escapar de allí con vida, al ser lanzados por el oleaje a las playas de la cercana ensenada de Trece. Deambulando de madrugada, llegaron a la parroquia de Xaviña, perteneciente al municipio coruñés de Camariñas, donde fueron atendidos por los lugareños.

El pueblo de Camariñas se movilizó de inmediato y acudió en masa a la ensenada de Trece, al rescate de los posibles supervivientes. Desgraciadamente, sólo se pudieron recuperar cadáveres. Las víctimas fueron enterradas en un paraje cercano, conocido desde entonces como el “Cementerio de los Ingleses”, que fue debidamente consagrado. Como muestra de gratitud, el Almirantazgo Británico obsequió con tres regalos al pueblo de Camariñas. El primero de ellos fue una escopeta con una inscripción de

agradecimiento al párroco de Xaviña, el segundo, un reloj de oro al por entonces alcalde de Camariñas –D. Vicente Pérez–, y el tercer regalo fue un barómetro como muestra de gratitud al pueblo camariñano. Pocas semanas después de la tragedia, el barómetro – modelo FitzRoy– fue instalado en una hornacina empotrada en la fachada de una casa de la parte alta del puerto de Camariñas, y allí sigue en la actualidad, en recuerdo de las víctimas del *HMS The Serpent*.



Figura 1.- Fotografía tomada en la cubierta del buque-escuela *HMS The Serpent*, con los oficiales rodeando al Comandante Leith Ross (sentado en el centro de la imagen).



Figura 2.- Izquierda: Fachada de la casa del Puerto de Camariñas, en cuya parte derecha está instalado el barómetro en memoria del naufragio del *HMS The Serpent*. Derecha: Detalle del barómetro.

Las columnas meteorológicas de A Coruña

Pasear por las inmediaciones del puerto de A Coruña ofrece al caminante la posibilidad de contemplar un par de monumentos que tienen en la observación meteorológica su principal razón de ser. El primero de ellos es uno de los más emblemáticos de la ciudad. Se trata del Obelisco de los Cantones, erigido en memoria del ilustre político coruñés Aureliano Linares Rivas, que fue inaugurado el 10 de febrero de 1895. El proyecto fue encargado al arquitecto vallisoletano Gabriel Vitini Alonso, y ejecutado por el constructor José Escudero, que recibió por la obra la cantidad de 1.995 pesetas. Como dato curioso, debido al mal tiempo, la mayor parte del acto de inauguración tuvo que celebrarse a cubierto, en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Coruña, si bien las autoridades tuvieron que dirigirse a descubrir el monumento bajo una intensa lluvia y fuertes ráfagas de viento.

A pesar de referirse a él los coruñeses como “El Obelisco”, lo cierto es que se trata de una columna conmemorativa, hueca en su interior, con una escalinata en su base de planta octogonal –en clara alusión a las 8 direcciones principales de los vientos que establece la rosa náutica–. La columna es de fuste acanalado con un capitel corintio sobre el que se apoya un reloj en forma de globo con 4 esferas, coronado por una bonita veleta con una carabela como principal motivo ornamental. Culmina la veleta un pararrayos de 3 puntas.

En los chaflanes del primer cuerpo de la columna hay un barómetro en uno y en el otro un termómetro. En otras dos caras aparecen sendas inscripciones con los valores extremos y medios climáticos de la ciudad, así como las coordenadas geográficas y la altitud del lugar. En el año 1951, siendo alcalde de la ciudad D. Alfonso Molina, la columna ganó altura, al ampliarse su fuste, colocándose también unas farolas e instalándose un pequeño jardín alrededor del bello conjunto arquitectónico.



Figura 3.- Fotografía antigua del Obelisco de A Coruña.



Figura 4.- Izquierda: Plaza del Obelisco de A Coruña –conocida popularmente como la de los Cantones– en 1936, con la columna meteorológica en su centro. **Derecha:** Imagen de los años 50 del Obelisco de A Coruña, donde se aprecia su mayor altura, debido al tramo adicional de columna que se añadió en 1951.

No muy lejos allí, en los cercanos Jardines de Méndez Núñez, encontramos otra columna meteorológica de menor porte pero idéntico interés meteorológico. El que fuera Presidente de la Sociedad Filatélica de La Coruña, D. Luis Ríos Pardo, dedicó a ella un pequeño artículo en 1996, que, aparte de permitirnos conocer su historia, nos aporta algunas claves del hecho, ciertamente insólito, de encontrar en una misma ciudad española dos columnas meteorológicas tan completas. En palabras de Luis Ríos: “En la Coruña existe una manifiesta preocupación por la Meteorología, posiblemente debido a su inicial emplazamiento de una península, en donde el mar con su furia oceánica y los vientos, unas veces acariciando con suaves brisas, otras empujando con fuerza, ha influido notablemente en la vida de sus hombres, excelentes navegantes que los han sufrido para conocerlos.”



Figura 5.- Columna meteorológica de los Jardines de Méndez Núñez de A Coruña. Fotografía tomada el 17 de octubre de 2010 por José Manuel Barreiro. Cortesía del autor.

La columna meteorológica fue propuesta el 11 de marzo de 1896 por el entonces alcalde coruñés, D. Luis de Argudín y Bolívar, y quedó instalada, meses más tarde, en la confluencia de varios senderos de los citados Jardines de Méndez Núñez. Se localiza en la actualidad entre la cafetería Atalaya, el estanque y el monumento a Emilia de Pardo Bazán. De planta pentagonal, la columna es de mármol veteado e integra termómetros de máxima y mínima, higrómetro, barómetro (el original fue adquirido en París, igual que los instrumentos instalados en el Obelisco), un reloj de sol y un globo terráqueo de zinc, que la remata en su parte superior. Su coste ascendió a 1.625 pesetas de la época.

La columna, que el 16 de mayo de 1897 sufrió varios destrozos, víctima del vandalismo, fue retirada del parque en 1966, en cumplimiento de un decreto aprobado por la corporación del ayuntamiento coruñés, permaneciendo durante 40 años almacenada en los talleres municipales de A Grela. Finalmente, en 2006, fue devuelta a su emplazamiento original, tras una meticulosa labor de restauración.

Barómetros asturianos

En nuestro recorrido por las costas del norte peninsular, hagamos una breve parada en el Principado de Asturias, donde localizamos un par de bonitos barómetros, en sendas villas marineras, destinados ambos a informar a la ciudadanía –en particular a los pescadores– de los cambios de tiempo. El primero de ellos, perteneciente al gremio de Mareantes, lo encontramos en Castropol y, aunque en la actualidad se halla en el interior del edificio del Ayuntamiento, durante muchos años estuvo instalado a la intemperie, en la fachada de la antigua escuela de la localidad. Tal y como reza una de sus inscripciones, el aparato fue realizado por la prestigiosa firma inglesa de aparatos de óptica y de precisión Chadburn & Son, afincada en Liverpool.



Figura 6.- Izquierda: Detalle del Barómetro de Mareantes, situado en la actualidad en el interior del Ayuntamiento de Castropol. **Derecha:** Barómetro y termómetro situados en la fachada del nº 4 del Paseo del Puerto de Luarca.

El segundo barómetro que merece la pena visitar, lo encontramos en el número 4 del Paseo del Puerto de Luarca, junto a la puerta del conocido restaurante “El Barómetro”, llamado así en su honor. El citado instrumento es de tipo anerode, si bien el que encontramos ahora no es el original, que se instaló allí hacia el año 1869. Acompañando al barómetro tenemos también un termómetro de mercurio, y ambos están integrados en un vistoso cajetín de madera tallada con diferentes motivos ornamentales.

Antes de abandonar Asturias y terminar nuestro recorrido transcantábrico en San Sebastián, permítame que le cuente una breve historia de un vestigio de columna meteorológica que encontramos en el centro de Oviedo. En la plaza de Riego, sobre un pedestal blanco hay un busto del general Rafael del Riego, hijo ilustre de Tineo que da nombre a la plaza, que quedó allí instalado en 1993. No obstante, la historia de ese pedestal se remonta más de cien años atrás en el tiempo.

El 9 de abril de 1892, el Ayuntamiento de Oviedo aprobó la instalación de una columna meteorológica en la citada plaza, pero nunca llegó a utilizarse para el uso que fue proyectada, reconvirtiéndose, seis años más tarde, en un sencillo pedestal sobre el que se colocó un busto de bronce del ingeniero y geólogo alemán Luis Guillermo Schulz. Durante un siglo, permaneció ese busto en aquel lugar –en 1987, a raíz de una reforma acometida en la plaza, la columna fue desplazada ligeramente de su posición original–, hasta que fue sustituido por el de Riego. El busto de Schulz fue trasladado a la entrada de la Escuela Superior de Minas de la capital ovetense, donde sigue en la actualidad.



Figura 7.- Monumento a Riego en la plaza de nombre homónimo de la ciudad de Oviedo. El pedestal blanco sobre el que se apoya el busto fue proyectado originalmente como columna meteorológica.

Observatorios donostiarra a pie de calle

Creo que estará de acuerdo conmigo en que uno de los lugares más bellos de España es el Paseo de La Concha de San Sebastián. A ello contribuyen, tanto el espectacular entorno natural, como los diferentes elementos arquitectónicos que nos encontramos a pie de playa. Hacia 1910, el entonces arquitecto-jefe del Ayuntamiento de San Sebastián, D. Juan Rafael Alday Lasarte, acometió la remodelación del Paseo de La Concha, dándole el aspecto con el que lo conocemos hoy en día, lo que ha convertido a la ciudad donostiarra en un referente turístico de primer orden, tanto a nivel nacional como internacional.



Figura 8.- Izquierda: Vista general del Paseo de La Concha de San Sebastián con “los relojes” en primer término. Derecha: Detalle del barómetro situado en uno de los obeliscos.



Figura 9.- Primer plano de 2 de las esferas del barómetro de La Concha. Las indicaciones de la presión atmosférica están graduadas tanto en milímetros de mercurio como en hectopascals.

Alday se encargó personalmente del diseño de los principales ornamentos del nuevo Paseo, tales como la barandilla, las vistosas farolas que flanquean una de las rampas de acceso a la arena, así como los dos obeliscos, conocidos como “los relojes”, ubicados donde anteriormente estaban las casetas de baños. Inicialmente, ese par de elementos no estaban coronados por instrumento alguno, pero algo más tarde se instaló un reloj en uno de ellos y un barómetro en el otro, coronados ambos por sendas pequeñas veletas, lo que permite al paseante estar informado tanto del tiempo cronológico como del atmosférico.

Pero la joya de la corona donostiarra, en lo que a instrumentación meteorológica urbana se refiere, la encontramos en el bonito templete situado en la Plaza de Guipúzcoa, uno de los rincones con mayor encanto de San Sebastián. Un espectacular jardín de estilo inglés, cuyo diseño corrió a cargo, en 1877, del prestigioso jardinero francés Pierre Ducasse, domina todo ese espacio público. Encontramos en el jardín un monumento al compositor José María Usandizaga, un gran reloj floral construido en torno a una mesa de mármol blanco, un estanque con cascada y puentecillo de madera y hierro, en el que puede disfrutarse de una variada muestra de fauna y flora acuática (patos, cisnes, peces de colores, nenúfares...), así como un templete meteorológico, dedicado también en parte a la Astronomía.

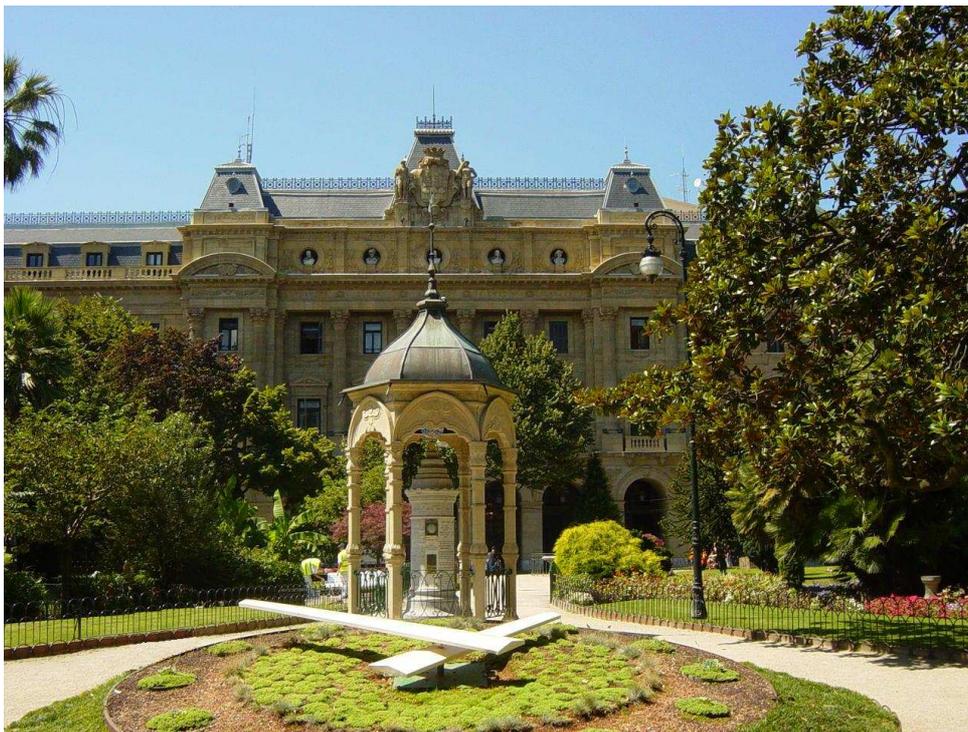


Figura 10.- Plaza de Guipúzcoa de San Sebastián, con el Palacio de la Diputación Foral de Guipúzcoa al fondo y el templete meteorológico en primer plano.

En la bóveda del templete están dibujadas algunas de las constelaciones del firmamento. Coronando el monumento, hay una pequeña veleta con la figura de un dragón. La columna meteorológica es bastante completa, ya que, aparte de los instrumentos que lleva adosados a ella: barómetro de mercurio, termómetro –también de mercurio– e higrómetro, incluye numerosas inscripciones con datos e informaciones muy diversas. En una de ellas pueden leerse varias indicaciones barométricas, como la que reza así: “La subida –del barómetro– indica vientos desde el Noroeste al Este pasando por el

Norte”. También aparecen los valores medios de temperatura por trimestres y su oscilación, así como comentarios referidos al viento o las nevadas locales (“las pocas nevadas que caen son por lo general con viento de tierra; es decir, del E al SSO”), entre otras útiles informaciones climáticas, astronómicas y geográficas.



Figura 11.- Diferentes detalles de la columna meteorológica de la Plaza Guipúzcoa de San Sebastián. En la imagen de la parte inferior de la izquierda se pueden leer algunas de las inscripciones de la citada columna. Todas las fotografías son cortesía de Ramón Baylina Cabré.

Nuestra búsqueda de barómetros urbanos por el territorio español, que iniciamos en Galicia y continuó por varias localidades de la Cornisa Cantábrica, nos lleva ahora a las dos mayores ciudades de nuestro país –Madrid y Barcelona–, siendo también obligada una parada en la localidad catalana de Badalona, para finalizar nuestro recorrido en Palma de Mallorca.

La ruta madrileña de los barómetros

Entre la infinidad de rincones que ofrece al visitante una ciudad como Madrid, encontramos algunos barómetros, si bien hoy en día cumplen una función puramente ornamental. Su presencia, más testimonial que otra cosa, lo que sí que nos indica es el interés que despertaban antaño las lecturas barométricas entre los ciudadanos madrileños; algo que en la actualidad queda restringido al personal de los observatorios y a los aficionados a la Meteorología.

El primer barómetro en el que nos detendremos, es uno de tipo aneróide que hay en lo alto de una de las dos torres que coronan la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor de Madrid. Colocándonos frente a la fachada principal del edificio, el barómetro queda en la torre de la derecha, mientras que en la de la izquierda hay un reloj. El bonito edificio, de cuatro alturas, con soportales en su parte baja y situado en el centro del lado Norte de la Plaza Mayor, fue diseñado por el arquitecto Juan Gómez de Mora, e inaugurado en 1619 –igual que el resto de la plaza–, si bien la instalación del instrumento meteorológico no tuvo lugar hasta la segunda mitad del siglo XIX.



Figura 12.- La Casa de la Panadería. La torre del barómetro es la de la derecha.



Figura 13.- Detalle del barómetro aneróide situado en la parte alta de la torre derecha de la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor de Madrid.

Desde hace ya muchos años, la aguja del barómetro de la Casa de la Panadería marca siempre lo mismo: “Buen tiempo” y 723 milímetros de mercurio. Dicha circunstancia no es debida a que la presión atmosférica local permanezca invariable, sino a que el instrumento lleva todo ese tiempo estropeado, seguramente a causa del deterioro de alguna de sus piezas. Ya se sabe que las cosas de palacio van despacio, si bien en este caso, el Ayuntamiento de Madrid –propietario del inmueble– se olvidó de su reparación. Desde estas líneas, animamos a quien corresponda a que tome cartas en el asunto para que vuelva a estar operativo el barómetro de la Plaza Mayor de Madrid.

No muy lejos de allí, en la fachada del número 10 de la calle del Príncipe, encontramos otro barómetro que fue instalado por los propietarios de la antigua Óptica Villasante, fundada en 1869. Los paseantes y la gente que entraba al establecimiento tenían la oportunidad de saber el tiempo que se esperaba para las próximas horas, sin más que mirando lo que marcaba la aguja. En la parte inferior de la circunferencia que conforma el instrumento puede leerse “BARÓMETRO OLOSTÉRICO”. Dicho barómetro (*holostérico*, en su forma escrita más común) está basado en el mismo principio que el barómetro aneroide, patentado por el científico francés Lucien Vidie en 1844. Las compresiones y dilataciones a las que los cambios de presión atmosférica someten a un pequeño recipiente metálico de finas paredes onduladas y aire muy enrarecido en su interior, son transmitidas a la aguja del instrumento a través de un mecanismo de relojería.



Figura 14.- Barómetro de la calle del Príncipe de Madrid.

La tercera parada en nuestra singular ruta de los barómetros matritenses, la vamos a efectuar en el edificio de la Bolsa, en cuyo patio de operaciones localizamos otro de estos instrumentos. Dominando el famoso parquet madrileño, se erige una pilastra de mármol rojo vetado, en cuyo fuste se localiza el calendario de hojas de papel que muestra el día de la sesión, y cuya parte superior está coronada por un artilugio que regaló la Bolsa de Ámsterdam a la de Madrid, con motivo de la inauguración del edificio de esta última, lo que tuvo lugar el 7 de mayo de 1893. En tres de las cuatro

caras que rematan la parte superior de la pilastra, se ubican las esferas de otros tantos relojes, mientras que en la cuarta cara tenemos también una esfera, pero de un barómetro. Justo debajo de este “barómetro bursátil”, se encuentra la campana de bronce dorado con la que antiguamente se marcaba el inicio y el fin de la actividad de los corros.



Figura 15.- Parquet de la Bolsa de Madrid, con la columna del barómetro en primer término.



Figura 16.- Primer plano del falso barómetro del edificio de La Bolsa de Madrid

El barómetro de la Bolsa de Madrid fue siempre un elemento decorativo, destinado a simbolizar los continuos vaivenes de los mercados financieros; no en vano, puede

establecerse un paralelismo entre el comportamiento de la presión atmosférica y el de los índices bursátiles, con sus continuas subidas y bajadas, algunas de ellas ciertamente bruscas. La aguja del falso barómetro siempre permaneció fija, marcando “BUEN TIEMPO”. Curiosamente, a raíz de la última restauración acometida en el edificio, pasó a marcar “VARIABLE” (Ver Figura 16), toda una premonición de la reciente crisis en la que nos hallamos inmersos.

Antes de abandonar Madrid y dirigirnos a Barcelona, permítanme un breve apunte sobre una columna meteorológica que llegó a formar parte del proyecto inicial –de 1901– de la Gran Vía madrileña, pero que finalmente no llegó a ver la luz. La columna en cuestión se proyectó para ser instalada en la Red de San Luis, formando parte de un conjunto que hubiera integrado también una fuente y unas farolas.



Figura 17.- Fotografía de la Red de San Luis tomada a finales de la década de 1920, en cuyo lugar se llegó a proyectar una columna meteorológica, que finalmente no llegó a construirse.

José del Corral, en su libro “La Gran Vía. Historia de una calle” (Sílex ediciones, 2002), comentaba los siguientes detalles sobre la columna: “De gusto muy del siglo XIX, se adorna profusamente con detalles rococó en cada una de sus caras y sostiene la esfera de un reloj gigantesco y de un gran termómetro. El remate de esta construcción, que quizás hubiera sido más justo llamar “Columna Termométrica”, es una especie de corona real estilizada y toda llena de resaltes, salientes, cambios de líneas y adornitos de todo gusto.”

La columna meteorológica del Parque de la Ciudadela (Barcelona)

El centenario Parque de la Ciudadela de la Ciudad Condal, acoge en uno de sus bonitos jardines los vestigios de una columna meteorológica cargada de historia. Entrando al parque por la puerta de la Avenida Marqués de Argentera y torciendo a la izquierda, en dirección hacia el invernadero, nos encontramos pronto con un espacio abierto circular, conocido como el rincón científico, en cuyo punto central hay una pequeña fuente. A escasos metros, se hallan también dos pequeños monumentos rodeados de sendas barandillas circulares. Uno de ellos, en bastante mal estado, es una tabla de distancias, que permite conocer los kilómetros que separan Barcelona de las principales ciudades españolas, y el otro son los restos de la citada columna meteorológica.

En 1884, Josep Fontserè i Mestre, arquitecto responsable de la urbanización del Parque de la Ciudadela, encargó al marino Josep Ricart i Giralt el proyecto de la columna. Tras ponerse rápidamente manos a la obra, pocos meses después del encargo la columna meteorológica quedó instalada en el parque. A finales del siglo XIX, la Meteorología comenzaba alcanzar su mayoría de edad como disciplina científica, lo que despertaba un interés creciente entre la gente instruida de la época. El principal cometido de la columna de Ricart era pedagógico, ya que, gracias a los instrumentos y a las tablas de datos que contenía, el público pudo recibir unas nociones básicas sobre la ciencia del tiempo.



Figura 18.- Izquierda: Grabado antiguo de la columna meteorológica del Parque de la Ciudadela, tal y como era originalmente. Derecha: Estado actual de la columna.

Todo el conjunto tenía una altura de 3,72 metros. Conocemos cuáles eran sus principales características, gracias a un folleto que se publicó en 1885, si bien en la actualidad podemos comprobar sobre el terreno que se trata de una columna de base cuadrangular, y que cada una de sus caras laterales está orientada según los distintos puntos cardinales. Originalmente, la columna contaba con un termómetro, un barómetro (en la cara orientada al este), un higrómetro de Saussure y también una serie de datos astronómicos grabados en una placa y una tabla con las diferencias horarias entre algunas de las ciudades más importantes del mundo. La columna estaba coronada por un reloj solar esférico –del que queda la bola que lo sustentaba–, encima del cual se

hallaba una sencilla veleta, con el escudo de la ciudad de Barcelona formando parte de la flecha indicadora de la dirección del viento.

La torre de Ca l'Arnús

Apenas a 10 kilómetros del centro de Barcelona, en el municipio vecino de Badalona, encontramos una de las torres meteorológicas más antiguas y bellas de Europa, que, sin duda, merece la pena visitar. Tras una completa y laboriosa restauración llevada a cabo hace escasamente un par de años, esta joya del patrimonio científico-cultural europeo brilla con luz propia.



Figura 19.- La torre meteorológica del Parque Ca l'Arnús, en Badalona, fotografiada el 16 de noviembre de 2009, día en que volvió a abrir sus puertas al público, tras finalizar las labores de restauración. Cortesía de Enrique Sánchez.

Conocida popularmente como la torre del reloj, sus orígenes se remontan a 1883, si bien su emplazamiento original fue distinto al actual del Parque Ca l'Arnús de Badalona. Inicialmente, la torre fue mandada construir en el jardín del Teatro Lírico de Barcelona

por el financiero y banquero catalán Evaristo Arnús y de Ferrer, propietario del teatro. La construcción, muy innovadora en su época, llamó mucho la atención, tanto por los instrumentos meteorológicos, como por la variedad de melodías que era capaz de emitir el reloj con carillón integrado en el conjunto. Tras el cierre del teatro, en 1900, y la posterior demolición del mismo, los herederos de Evaristo Arnús decidieron desmontar por completo la torre y trasladarla a una finca que tenía la familia en Badalona, donde volvió a levantarse y quedó definitivamente instalada.



Figura 20.- Fotografía de la torre de Ca l'Arnús en 1892, en su emplazamiento original frente al antiguo Teatro Lírico de Barcelona, en la calle Mallorca.

Con el paso de los años, la torre terminó abandonada a su suerte, quedando inutilizados sus instrumentos y muy deteriorada en su conjunto, tanto las fachadas como las dependencias interiores. Afortunadamente, en 2008 el Ayuntamiento de Badalona, en colaboración con la Mancomunidad de Municipios del Área Metropolitana de Barcelona, decidió poner en valor la torre, iniciando unas obras de restauración que se prolongaron hasta finales de 2009. Aparte del lavado de cara del edificio, se volvieron a poner en funcionamiento todos los instrumentos con los que contaba la torre, para lo cual se restauraron todas las piezas originales que pudieron recuperarse.

El instrumento meteorológico más curioso de todos es un pluviómetro eléctrico que marca, por un lado, la lluvia acumulada en lo que va de año, y por otro, las cantidades registradas cada uno de los siete días de la semana. La torre de Ca l'Arnús cuenta

además con un barómetro anerode, un termómetro de mercurio, una veleta, así como el reloj con carillón y un calendario que marca también las fases de la luna.

El barómetro callejero de Palma de Mallorca

Para finalizar nuestro viaje por España, saltemos de la Península a Baleares y dirijamos nuestros pasos hasta Palma de Mallorca, concretamente a su Plaza de España, donde localizamos una columna barométrica rematada en su parte superior por un vistoso tejadillo, sobre el que se asienta una bola del mundo, que sirve de base a una veleta.

No son muchos los datos que he sido capaz de recopilar acerca de esta columna, y la mayoría de ellos se los debo a José Antonio Guijarro, de la Delegación Territorial de AEMET en las Islas Baleares. Él, a su vez, preguntó sobre el particular al recientemente fallecido meteorólogo Jaime Miró-Granada (DEP) y al geógrafo de la UIB (Universitat de les Illes Balears), Miquel Grimalt. Se da la casualidad de que Jaime Miró-Granada nació y vivió de pequeño justo enfrente de esa plaza, jugando no pocas veces alrededor del histórico monumento. La plaza, por aquel entonces, se llamaba Plaza de Eusebio Estada, en honor al ingeniero, natural de Palma y principal impulsor del ferrocarril en la isla de Mallorca, que posiblemente promovió la instalación de la columna barométrica. No sería hasta después de la Guerra Civil, cuando la plaza cambió de nombre y pasó a llamarse Plaza de España.



Figura 21.- Postal del año 1915 de la Plaza de Eusebio Estada (actual Plaza de España) de Palma de Mallorca, con la columna barométrica en el centro de la imagen.

La columna barométrica fue diseñada hacia 1910 por el arquitecto Gaspar Bennazar para embellecer la Plaza de Eusebio Estada, formando parte de un pequeño conjunto de obras de regusto modernista en torno a esa plaza. En la actualidad, el monumento se mantiene en muy buenas condiciones, aunque, como puede llegar a apreciarse en la fotografía que acompaña estas líneas, y que tomó José Antonio Guijarro el pasado 30 de

enero de 2011, no faltan los restos de las pegatinas que algunos incívicos viandantes se dedican a pegar sobre la esfera del barómetro.



**Figura 22.- Columna barométrica de la Plaza de España de Palma de Mallorca.
Cortesía de José Antonio Guijarro.**

AGRADECIMIENTOS:

A José Manuel Barreiro, por la completa documentación que me brindó sobre las columnas meteorológicas de A Coruña, así como a José Miguel Aranjuelo, por la información histórica de “los relojes” del Paseo de La Concha de San Sebastián. A Ramón Baylina, por permitirme el uso de varias fotografías suyas del templete de la Plaza Guipúzcoa, también en San Sebastián. A Enrique Sánchez, aficionado a la Meteorología, por la fotografía que me facilitó de la torre de Ca l'Arnús de Badalona, y a José Antonio Guijarro (AEMET), Miquel Grimalt y Jaime Miró-Granada (póstumamente) por la información recibida sobre la columna barométrica de la Plaza de España de Palma de Mallorca.